

la ciudad. Moteuczoma, al oír estos portomenores, se afligió extraordinariamente, y temió la venganza del dios Quetzalcoatl, cuyo santuario, que era de los más célebres y reverenciado de todo aquel país, creía profanado por los Huexotzingos. Habiéndose aconsejado con los dos reyes aliados, mandó á Cholullan algunos personajes de su corte, para informarse exactamente de todo lo que habia ocurrido: noticioso de que los embajadores le habian exagerado la verdad, se encolerizó de tal modo por este engaño, que sin detenerse, despachó á Huexotzinco un ejército, mandando al general que castigase severamente á los habitantes, si no le daban la debida satisfaccion. Los Huexotzingos, previendo la tempestad que iba á descargar sobre ellos, salieron ordenados en forma de batalla á recibir á los Mexicanos, cuyo general se adelantó y les espuso en estos términos la comision que llevaba: "Nuestro señor Moteuczoma, que tiene su corte en medio de las aguas, Nezahualpilli, que manda en las orillas del lago, y Totoquihuatzin, que reina al pié de los montes, me mandan decirnos que han sabido por vuestros embajadores la ruina de Cholullan, y la muerte de sus habitantes, que esta noticia los ha penetrado de dolor, y que se creen obligados á vengar tamaño atentado contra el venerable santuario de Quetzalcoatl." Los Huexotzingos respondieron que aquella noticia habia sido muy exagerada; pero que la ciudad no tenia la culpa de la propagacion de la mentira, y en prueba de ello se ofrecieron á satisfacer á los tres reyes con el castigo de los culpables. Hicieron conducir en seguida á los embajadores, y los entregaron al general, despues de haberles cortado las orejas y las narices, que era la pena de los que propagaban falsedades contrarias al bien público. Así terminaron los males de la guerra, que de otro modo hubieran sido inevitables.

ESPEDICION CONTRA ATLIXCO Y OTROS PUEBLOS.

Harto diferente fué la suerte de los Atlix-

queses, que se habian rebelado contra la corona; pues fueron derrotados por los Mexicanos, que les hicieron un gran número de prisioneros. Ocurrió esto el mes de febrero de 1506, cuando por haber terminado el siglo, se celebraba la fiesta de la renovacion del fuego, con mucho más aparato y solemnidad, que en tiempo de Moteuczoma I, y en los otros años seculares. Aquella fué la más magnífica, y la última que celebraron los Mexicanos. En ella fueron sacrificados muchos prisioneros, reservando otros para la dedicacion de Tzompantli, que, como despues diremos, era un edificio inmediato al templo mayor, donde se guardaban las calaveras de las víctimas.

PRESAGIOS DE LA GUERRA DE LOS ESPAÑOLES.

Parece que no hubo guerra alguna en aquel año secular; pero en el de 1507, los Mexicanos hicieron una expedicion contra Tzolan y Mictlan, pueblos mixtecas, cuyos habitantes huyeron á los montes, sin dejar otras ventajas á los Mexicanos, que algunos prisioneros que hicieron de los pocos que se habian quedado en sus casas. De allí pasaron á subyugar á los de Cuauhquechollan, que se habian rebelado, en cuya ocasion ostentó su valor el príncipe Cuitlahuac, general del ejército. Murieron algunos valientes caudillos mexicanos; pero volvieron á imponer el yugo á los rebeldes, y les hicieron tres mil y doscientos prisioneros, que fueron sacrificados, parte en la fiesta de Tlacaxipehualiztli, que se hacia en el segundo mes mexicano, y parte en la dedicacion del santuario Zomolli, el cual, despues del ya mencionado incendio, habia sido magníficamente reconstruido.

El año siguiente salió el ejército real, compuesto de Mexicanos, Texcocanos y Tepanecas, contra la remota provincia de Amatlan. Al pasar por una altísima montaña, sobrevino una gran tempestad de nieve, que ocasionó terrible estrago en el ejército; pues los unos, que viajaban casi desnudos, y estaban acostumbrados á un clima suave, mu-

rieron de frio, y otros de la caída de los árboles que arrancaba el viento. Del resto de las tropas, que continuaron muy disminuidas su viaje, murió la mayor parte en las acciones.

Esta y otras calamidades, unidas á la aparicion de un cometa, pusieron en gran consternacion á aquellos pueblos. Moteuczoma, que era demasiado supersticioso para ver con indiferencia aquel fenómeno, consultó á los astrólogos; y no habiendo podido estos darle una respuesta satisfactoria, hizo la misma pregunta al rey de Acolhuacan, que era muy dado á la astrología y á la adivinacion. Estos reyes, aunque parientes, y perpetuamente aliados, no vivian en muy buena armonía, desde que el de Acolhuacan habia mandado dar muerte á su hijo Huexotzincatzin, sin dar oídos á los ruegos de Moteuczoma, que como tío de este príncipe, habia implorado su perdon. Habia ya mucho tiempo que no se trataban con la frecuencia y confianza que ántes; pero en aquella época, el vano terror que se apoderó del ánimo de Moteuczoma, lo escitó á valerse del saber de Nezahualpilli: así que, le rogó que pasase á México, para tratar de aquel asunto, que á uno y otro era tan interesante. Condescendió con sus ruegos el rey de Acolhuacan; y despues de haber discurrido largo tiempo con Moteuczoma, fué de opinion, segun dicen los historiadores, que el cometa anunciaba las futuras desgracias de aquel reino, de resultas de la llegada de gentes estrañas. Pero no agradando tampoco esta interpretacion á Moteuczoma, Nezahualpilli lo desafió á jugar al balon, que era diversion muy comun entre aquellas gentes, y aun entre los mismos monarcas: además, convinieron en que si el rey de México ganaba, el de Acolhuacan renunciaria á su interpretacion, y la creeria falsa; y si ganaba este, aquel la adoptaria como verdadera. Insensatez verdaderamente ridícula de aquellos hombres, como si el éxito de una prediccion dependiese de la destreza del jugador ó de la suerte del juego; pero menos pernicioso que la de los antiguos europeos, que ha-

cian depender de la barbarie del duelo, y de la incertidumbre de las armas, el honor, la inocencia y la verdad. Quedó Nezahualpilli vencedor en el juego, y desconsolado Moteuczoma por la pérdida, y por la confirmacion de tan triste vaticinio. Sin embargo, quiso tomar otras medidas, esperando hallar una esplicacion más favorable, que contrapesase la del rey de Acolhuacan. Hizo, pues, consultar á un famosísimo astrólogo muy versado en las supersticiones de la adivinacion, con las que habia adquirido tanta celebridad y tanto influjo, que sin salir de su casa daba respuestas como un oráculo á los potentados y á los reyes. Este hombre, sabiendo lo que habia ocurrido entre los dos monarcas, en lugar de dar una respuesta favorable á su soberano, ó equívoca á lo ménos, como hacen comunmente los que viven de semejantes patrañas, confirmó plenamente los funestos anuncios del rey de Acolhuacan; con lo que se indignó de tal manera Moteuczoma, que en recompensa mandó destruir la casa del pobre astrólogo, quedando él sepultado en las ruinas.

Estos y otros vaticinios de la ruina de aquel imperio, se ven en las pinturas mexicanas y en las obras de los españoles. Estoy muy léjos de pensar que todo lo que hallamos escrito sobre este asunto, sea digno de crédito; pero tampoco puedo dudar de las tradiciones que existian entre los Mexicanos, acerca de la próxima ruina de aquel imperio, de resultas de la venida de gentes estrañas, que se apoderarian de toda la tierra. No ha habido en todo el país de Anáhuac una sola nacion, culta ó inculta, que no haya admitido aquella creencia, como lo prueban las tradiciones verbales de las unas, y las historias de las otras. Es imposible adivinar el primer origen de una opinion tan general; pero desde que en los siglos XV y XVI, los navegantes, ayudados por la invencion de la brújula, empezaron á perder el miedo á la alta mar, y los europeos, estimulados por la ambicion y por la sed insaciable del oro, se habian familiarizado con los peligros del Océano, aquel maligno espíritu,

enemigo capital del género humano, que no cesa de espiar en toda la tierra las acciones de los mortales, pudo fácilmente conjeturar los progresos marítimos de los pueblos de Oriente, el descubrimiento del Nuevo-Mundo, y una parte de los grandes sucesos que allí debían ocurrir: y no es inverosímil que los predijese á la nacion consagrada á su culto, para confirmar, con la misma prediccion del porvenir, la errónea persuasion de su pretendida divinidad. Pero si el demonio pronosticaba futuras calamidades para engañar á aquellos miserables pueblos, el piadosísimo autor de la verdad las anunciaba tambien para disponer sus espíritus á la admision del Evangelio. El suceso que voy á referir en confirmacion de esta verdad, fué público y estrepitoso, ocurrido en presencia de dos reyes y de toda la nobleza mexicana. Hallábase ademas representado en algunas pinturas de aquella nacion, y de él se envió un testimonio jurídico á la corte de España.

SUCESO MEMORABLE DE UNA PRINCESA MEXICANA.

Papantzin, princesa mexicana, y hermana de Moteuczoma, se habia casado con el gobernador de Tlatelolco: muerto este, permaneció en su palacio hasta el año de 1509, en que murió tambien de enfermedad natural. Celebráronse sus exequias con la magnificencia correspondiente al esplendor de su nacimiento, con asistencia del rey su hermano, y de toda la nobleza de ambas naciones. Su cadáver fué sepultado en una cueva ó gruta subterránea, que estaba en los jardines del mismo palacio, próxima á un estanque en que aquella señora solia bañarse, y la entrada se cerró con una piedra de poco peso. El día siguiente, una muchacha de cinco á seis años, que vivia en el palacio, tuvo el capricho de ir desde la habitacion de su madre á la del mayordomo de la difunta, que estaba mas allá del jardin: al pasar por el estanque, vió á la princesa sentada en los escalones de este, y oyó que la llamaba con la palabra *cocoton*, de la que se sirven en aquel país para llamar y acariciar á los ni-

ños. La muchacha, que por su edad no era capaz de reflexionar en la muerte de la princesa, y pareciéndole que esta iba á bañarse, como lo tenia de costumbre, se acercó sin recelo, y la princesa le dijo que fuese á llamar á la muger del mayordomo. Obedeció en efecto; mas esta muger, sonriendo y haciéndole cariños, le dijo: “Hija mia, Papantzin ha muerto, y ayer la hemos enterrado.” Mas como la muchacha insistia, y aun la tiraba del traje, que allí llaman *huepilli*, ella, mas por complacerla que por creer lo que le decia, la siguió al sitio á que la condujo; y apénas llegó á presencia de aquella señora, cayó al suelo horrorizada y sin conocimiento. La muchacha avisó á su madre, y esta con otras dos mugeres, acudieron á socorrer á la del mayordomo; mas al ver á la princesa, quedaron tan desfavoridas, que tambien se hubieran desmayado, si ella misma no les hubiera dado ánimo, asegurándoles que estaba viva. Mandó por ellas llamar al mayordomo, y le encargó que fuese á dar noticia de lo ocurrido al rey su hermano; pero él no se atrevió á obedecerla, porque temió que el rey no diese crédito á su noticia, y sin examinarla, lo castigase con su acostumbrada severidad. “Id, pues, á Tezcoco, le dijo la princesa, y rogad en mi nombre al rey Nezahualpilli que venga á verme.” Obedeció el mayordomo, y el rey no tardó en presentarse. A la sazón, la reina habia entrado en uno de los aposentos de palacio. Saludóla el rey lleno de temor, y ella le rogó que pasase á México, y dijese al rey su hermano que estaba viva, y que necesitaba verlo para descubrirle algunas cosas de suma importancia. Desempeñó Nezahualpilli su comision, y Moteuczoma apénas podia creer lo que estaba oyendo. Sin embargo, por no faltar al respeto debido á su aliado, fué con él, y con muchos nobles mexicanos á Tlatelolco, y entrando en la sala donde estaba la princesa, le preguntó si era su hermana. “Yo soy, Señor, respondió ella, vuestra hermana Papantzin, la misma que habeis enterrado ayer: estoy viva en verdad, y quiero manifestaros lo que he visto, porque os importa.”

Dicho esto, se sentaron los dos reyes, quedando todos los demas en pié, maravillados de lo que veian.

Entónces la princesa volvió á tomar la palabra, y dijo: “Despues que perdí la vida, ó si esto os parece imposible, despues que quedé privada de sentido y movimiento, me hallé de pronto en una vasta llanura, á la cual por ninguna parte se descubria término. En medio observé un camino, que se dividia en varios senderos, y por un lado corria un gran rio, cuyas aguas hacian un ruido espantoso. Queriendo echarme á él, para pasar á nado á la orilla opuesta, se presentó á mis ojos un hermoso jóven, de gallarda estatura, vestido con un ropaje largo, blanco como la nieve, y resplandeciente como el sol. Tenia dos alas de hermosas plumas, y llevaba esta señal en la frente (al decir esto la princesa, hizo con los dedos la señal de la cruz), y tomándome por la mano, me dijo: “Detente: aun no es tiempo de pasar este rio. Dios te ama, aunque tú no lo conoces.”—De allí me condujo por las orillas del rio, en las que vi muchos cráneos y huesos humanos, y oí gemidos tan lastimeros, que me movieron á compasion. Volviendo despues los ojos al rio, vi en él unos barcos grandes, y en ellos muchos hombres, diferentes de los de estos países en traje y color. Eran blancos y barbudos; tenian estandartes en las manos, y yelmos en la cabeza. “Dios, me dijo entónces el jóven, quiere que vivas, á fin de que des testimonio de las revoluciones que van á sobrevenir en estos países. Los clamores que has oido en estas márgenes, son de las almas de tus antepasados, que viven, y vivirán siempre atormentadas, en castigo de sus culpas. Esos hombres que ves venir en los barcos, son los que con las armas se harán dueños de estas regiones, y con ellos vendrá tambien la noticia del verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra. Cuando se haya acabado la guerra, y promulgado el baño que lava los pecados, tú serás la primera que lo reciba, y guie con su ejemplo á todos los habitantes de estos países.”—Dicho esto, desapareció

el jóven, y yo me encontré restituida á la vida: me alcé del sitio en que yacia, levanté la lápida del sepulcro, y salí al jardin, donde me encontraron mis domésticos.”

Atónito quedó Moteuczoma al oir estos pormenores: turbada su mente con los mas tristes pensamientos, se levantó y se dirigió á un palacio que tenia para los tiempos de luto, sin hablar á su hermana, ni al rey de Tezcoco, ni á ningun otro de los que lo acompañaban, aunque algunos aduladores, para tranquilizarlo, procuraron persuadirle que la enfermedad que habia padecido la princesa, le habia trastornado el sentido. No quiso volver á verla, por no afligirse de nuevo con los melancólicos presagios de la ruina de su imperio. La princesa vivió muchos años despues, enteramente consagrada al retiro y á la abstinencia. Fué la primera que en el año de 1524 recibió en Tlatelolco el sagrado bautismo, y se llamó desde entónces *Doña María Papantzin*. En los años que sobrevivió á su regeneracion, fué un perfecto modelo de virtudes cristianas, y su muerte correspondió á su vida, y á su maravillosa vocacion al cristianismo.

FENÓMENOS NOTABLES.

Ademas de este memorable suceso, ocurrió en 1510 el repentino y violento incendio de las torres del templo mayor de México, en una noche serena, sin haberse podido jamas averiguar su causa: y el año anterior se habian agitado de pronto, y con tanta violencia las aguas del lago, que arruinaron las casas de la ciudad, sin haber habido viento, terremoto, ni otra causa natural á que se pudiera atribuir aquel extraño acaecimiento. Tambien se dice que en 1511 se vieron en el aire hombres armados, que combatian entre sí, y se mataban. Estos y otros fenómenos referidos por Acosta, Torquemada y otros escritores, se hallan exactamente descritos en las historias mexicanas y acolhuas. No es inverosímil que habiendo Dios anunciado con varios prodigios la pérdida de algunas ciudades, como consta por la Sagrada Escritura, y por el testimonio de Josefo, de Euse-

bio de Cesarea, de Orosio y de otros escritores, quisiese tambien usar de la misma providencia con respecto al trastorno general de un mundo entero, que es sin duda el suceso mas grande y extraordinario de cuantos en-cierra la historia profana.

ERECION DE UN NUEVO ALTAR PARA LOS SACRIFICIOS, Y NUEVAS ESPEDICIONES DE LOS MEXICANOS.

La consternacion que estos presagios inspiraron á Moteuczoma, no lo distrajo de sus proyectos belicosos. Muchas fueron las espediciones emprendidas por sus ejércitos en el año de 1508, especialmente contra los Tlaxcaltecas, los Huexotzingos, los Atlixqueses, y los habitantes de Xepatepec y de Malinaltepec. En ellas hicieron mas de cinco mil prisioneros, que despues fueron sacrificados en la capital. En 1509 hizo el rey la guerra á los de Xochitepec, que se le habian rebelado. El año siguiente, pareciendo á Moteuczoma demasiado pequeño el altar de los sacrificios, y poco correspondiente á la magnificencia del templo, mandó buscar una piedra de desmesurada grandeza, la cual fué hallada en las inmediaciones de Coyoacan. Despues de haberla hecho pulir y labrar primorosamente, mandó que se llevase con gran solemnidad á México. Concurrió un gentío inmenso á tirar de ella; pero al pasar por un puente de madera, que habia sobre un canal, á la entrada de la ciudad, con el enorme peso de la piedra se rompieron las vigas y cayó al agua, arrastrando consigo algunas personas, y entre ellas el sumo sacerdote que la iba incensando. Mucho sentimiento causó al rey y al pueblo esta desgracia; pero sin abandonar la empresa, sacaron la piedra del agua con extraordinaria fatiga, y la llevaron al templo, donde fué dedicada con el sacrificio de todos los prisioneros que se habian reservado para aquella gran fiesta, la cual fué una de las mas solemnes celebradas por los Mexicanos. Para ella convocó el rey á los principales individuos de la nobleza de todo el reino, y gastó grandes tesoros en los regalos que hizo á nobles

y plebeyos. Aquel mismo año se celebró tambien la dedicacion del templo *Tlamatzinco*, y del de Cuaxicalco, de que despues hablaremos. Las víctimas sacrificadas en estas dos ceremonias, fueron, segun los historiadores, doce mil doscientas diez.

Para suministrar tan gran número de infelices, era necesario hacer continuamente la guerra. En 1511 se rebelaron los Xopes, y quisieron asesinar á toda la guarnicion mexicana de Tlacotepec; pero descubierto prematuramente su designio, fueron castigados, y doscientos de ellos conducidos prisioneros á la capital. En 1512 marchó un ejército de Mexicanos hácia el Norte, contra los Quetzalapanecas, y con pérdida de solo noventa y cinco hombres, hicieron mil trescientos treinta y dos prisioneros, que fueron tambien llevados á México. Con estas, y otras conquistas hechas en los tres años siguientes, llegó el imperio mexicano á su mayor amplitud, cinco ó seis años ántes de su ruina, á la que contribuyeron en gran parte aquellos rápidos triunfos. Cada provincia, cada pueblo conquistado era un nuevo enemigo, que sufriendo con impaciencia el yugo á que no estaba acostumbrado, é irritado contra la violencia de los conquistadores, solo esperaba una buena ocasion para vengarse, y recobrar la libertad perdida. La felicidad de un reino no consiste en la estension de dominios, ni en la multitud de vasallos; ántes bien nunca se aproxima tanto á su ruina, como cuando por su desmesurada estension, no puede mantener la union necesaria entre sus partes, ni aquel vigor que se necesita para resistir á la muchedumbre de sus enemigos.

MUERTE Y ELOGIO DEL REY NEZAHUALPILLI.

No contribuyeron ménos á la ruina del imperio mexicano las revoluciones que en aquel mismo tiempo ocurrieron en el reino de Acolhuacan, ocasionadas por la muerte de Nezahualpilli. Aquel célebre monarca, despues de haber ocupado el trono cuarenta y cinco años, ó cansado del gobierno, ó consuetudinario por los funestos presagios de que

habia sido testigo, dejó el mando á dos príncipes reales, y se retiró á su casa de campo en Tezcotzinco, llevando consigo á su favorita Xocotzin, y á unos pocos servidores; dando órden á sus hijos que no saliesen de la corte, sino que en ella aguardasen sus ulteriores disposiciones. En los seis meses que pasó en aquel retiro, se divertia frecuentemente en el ejercicio de la caza, y empleaba la noche en la observacion de las estrellas, para lo que habia mandado construir en la azotea de su palacio un pequeño observatorio, que se conservó hasta el siglo siguiente, y fué visto por algunos historiadores españoles que de él hacen mencion. Allí, no solo observaba el movimiento y el curso de los astros, sino que conferenciaba con algunos inteligentes en astronomía; estudio muy apreciado siempre en aquellos pueblos, y al cual se dedicaron muchos, estimulados por el ejemplo de aquel gran rey y de su sucesor.

Despues de seis meses de esta vida privada, volvió á la corte, mandó á su querida Xocotzin que se retirase con sus hijos al palacio llamado Tecpilpan, y él se encerró en el de su ordinaria residencia, sin dejarse ver sino de alguno de sus confidentes, con designio de ocultar su muerte, á imitacion de su padre. En efecto, nunca se supo nada acerca de la época, ni de las otras circunstancias de aquel suceso: solo que ocurrió en 1516, y que poco ántes de morir, mandó á sus confidentes que quemasen secretamente su cadáver. De sus resultas, el vulgo, y no pocos de la nobleza creyeron que no habia muerto, sino que habia ido al reino de Amatemecan, donde tuvieron origen sus antepasados, como muchas veces lo habia anunciado.

Las opiniones religiosas de aquel monarca, fueron en todo conformes á las de su padre. Despreciaba interiormente el culto de los ídolos, aunque en lo exterior seguia las prácticas comunes. Imitó tambien á su padre en el celo por las leyes, y en la severidad de su justicia; de lo que dió un raro ejemplo en los últimos años de su vida. Habia una ley que prohibia bajo la pena de

muerte decir palabras indecentes en el real palacio. Violó esta ley uno de los príncipes sus hijos, llamado Huexotzincatzin, que era justamente el que mas amaba, tanto por su índole y por las virtudes que descubria en su juventud, como por ser el mayor de los que tuvo de su favorita Xocotzin; pero las palabras del príncipe habian sido mas bien efecto de inconsideracion juvenil, que de perverso designio. Súpolo el rey por una de sus concubinas, á quien se habian repetido aquellas espresiones. Preguntóle si habia ocurrido el lance en presencia de otras personas; y sabiendo que habia sido en presencia de los ayos del príncipe, se retiró á un aposento de palacio, destinado para las épocas de luto. Hizo comparecer allí á los ayos, para examinarlos. Ellos, temerosos de ser severamente castigados, si ocultaban la verdad, la confesaron claramente; mas al mismo tiempo procuraron escusar al príncipe, diciendo que ni sabia con quien hablaban, ni las espresiones habian sido obscenas. Pero en despecho de sus representaciones, mandó inmediatamente que se prendiese al príncipe, y el mismo dia pronunció su sentencia de muerte. Consternóse toda la corte al saber tan rigorosa disposicion: la nobleza intercedió con lágrimas y ruegos: la madre del príncipe, confiada en el gran amor que el rey le profesaba, se le presentó llorosa, y para moverlo mas á compasion, llevó consigo á sus otros hijos; pero ni razones, ni plegarias, ni sollozos bastaron á disuadir al monarca. “Mi hijo, decia, ha violado la ley: si lo perdono, se dirá que las leyes no son para todos. Sepan, pues, mis súbditos que á ninguno de ellos será perdonada la trasgresion, puesto que la castigo en el hijo que mas amo.” La reina, traspasada de dolor, y perdida toda esperanza de ablandar al rey, “ya que por tan ligera causa, le dijo, arrojais de vuestro corazon todos los sentimientos de padre y de esposo, y quereis ser el verdugo de vuestro hijo, consumad la obra: dadme la muerte, y á estos príncipes que os he dado.” El rey entónces con grave aspecto le mandó que se retirase, puesto que